

Descomunal ridículo

**JUAN CARLOS
FERNÁNDEZ**

SE ha escuchado con profusión en estos días convulsos la recomendación de Tarradellas: no hacer el ridículo en política. Bueno será, digo yo, no hacerlo en ningún orden de la vida, pero cuando se trata de gestionar los asuntos que afectan al común de los mortales conviene tener especial cuidado. Definitivamente, el ejemplo del viejo presidente de la Generalidad restaurada ha sido ignorado por completo y su sentido de Estado no interesó a quienes deberían haber sido tributarios de su magisterio. En fin, que no incomodó a los exgobernantes hodiernos embarcar a buena parte de la sociedad catalana en la entelequia de la independencia y hacerlos copartícipes de un gran ridículo.

Primero, por hacerlos creer en cosas irracionales. Segundo, porque en la tierra prometida no mana leche y miel. Tercero, porque ni las instituciones catalanas de autogobierno son un indefenso pero arrojado David, ni lo que ellos llaman despectivamente el Estado sin reconocer que forman parte de él es un descomunal Goliat. Cuarto, porque un nuevo Estado, una nueva nación, precisan del reconocimiento internacional, máxime en un mundo globalizado; si pensaban que mediante el expediente de crear oficinas de representación en el extranjero o con el nombramiento de un dizque ministro de Asuntos Exteriores se ganarían el aprecio universal, a pesar del derroche han fracasado.

La ilusión que hayan creado es vana; las banderas separatistas pueden ondear hasta el aburrimiento, pero no hay consignas ni escarapelas que detengan a la ley, sobre todo cuando esta es fruto de la expresión de la voluntad popular y se ha promulgado con todas las reglas del arte democrático. De modo que todo el esfuerzo separatista conduce a la nada y les depositará en la melancolía. Es decir, han fastidiado hasta la saciedad a la sociedad catalana, la han fracturado por años, en vano. Y mientras tanto, los dirigentes que han provocado el desastre van por la vida de héroes homéricos: fuertes, valerosos, con gran dominio de la oratoria y hasta bellos. Bueno, esta última característica podemos disculparla. Pero a pesar de lo que se consideren no son sino insensatos.

Tal vez el pulso que han planteado, condenado inexorablemente desde el primer momento a ser perdido, pretenda hacer de estos presuntos héroes protomártires con miras a un futuro en el que esperan encontrar un Gobierno acomodaticio o débil. Pero si ellos buscan alcanzar la masa crítica que permita una reacción en cadena que dé con España rodilla en tierra, el resto de los españoles, representado, amparado, por nuestras legítimas instituciones, no vamos a consentir tal aberración: las barras de grafito se llaman Constitución, democracia, historia. Y muy especialmente sentido común. Más hubiese valido a los destituidos dirigentes no haber conducido con falsedades a sus seguidores al castigo de Tántalo, a la desesperación de creer los frutos de su deseo al alcance de la mano, para nunca disfrutarlos.

Deben pagar sus culpas los felones. Por traidores, por conducir al ridículo a parte de la sociedad, por hacer sufrir a tantos.